



EX LIBRIS

EX LIBRIS

COLECCIÓN  
**FICCIONES REALES**

Director: Cristian Alarcón

SONIA BUDASSI

LA FRONTERA IMPOSIBLE

**ISRAEL  
PALES  
TINA**



## CAPÍTULO 4

### ¿En qué te diferenciás de un *country*? *Kibutz* Ein Hashlosha. 1950-2012

Son las nueve de la noche. Hace varias horas que las familias cenaron, todas juntas, en el comedor comunitario. Si espiamos por alguna de las tantas ventanas de esta construcción cuadrada, básica, cuatro paredes de ladrillo y techo, podemos ver muchas camas, una junto a la otra –como en los antiguos asilos de monjas– en las que duermen, juntos, alrededor de cien niños y niñas. Estamos a principios de los ochenta en el *kibutz* Ein Hashlosha, a 3 km de la Franja de Gaza. La nena rubia y de cuerpo menudo que trata de dormir se llama Loria. Hace ocho años emigró desde Argentina a Israel junto a sus padres. Todavía era un bebé.

En el año 2011, Loria nos recibe en el mismo *kibutz* en el que se crió. Está casada y tiene dos hijas, una de siete años y otra de cuatro: como koalas en un árbol, no se desprenden de sus piernas mientras nos saluda.

–Jamás dejaría que ellas duerman solas como me pasó a mí –cuenta.

#### **El valor de cada metro cuadrado**

Los *kibutz* empezaron a crearse bajo la consigna de que lo de todos es de uno y lo de uno es de todos. Ese ente colectivo, que dio cobijo y relatos optimistas y progresistas –con diferencias políticas

a lo largo de su desarrollo— a la historia de Israel, se ocupaba de todas las necesidades de sus miembros, y cada uno trabajaba para él sin recibir un sueldo. Como un eslogan, Loria repite: “Cada uno trabaja en lo que puede y toma lo que necesita”. Así eran las cosas hasta hace cinco o seis años. Los salarios se estipulaban según la cantidad de hijos que tuviera una pareja y el tiempo que llevara viviendo en el lugar, como la liquidación de “antigüedad” en los haberes de los trabajos comunes.

El nombre de este *kibutz* significa “primavera de los tres”, en honor a una de las tres figuras del “núcleo fundacional” de los inmigrantes sudamericanos, muerto en la Guerra de 1948.

En sus primeros años de vida este lugar ya sufría ataques; en esa época, los del ejército egipcio.

Más allá de ser una experiencia única en el mundo, es llamativo el rol que tuvieron en la gesta patriótica. La historia de los *kibutz* (en hebreo, el plural es *kibbutzim*) empieza mucho antes que la creación formal del Estado de Israel, tal como sucedió con otras entidades y organizaciones que funcionaban cuando aún el Mandato Británico gobernaba la zona. En el libro *Historia de los judíos*, de Samuel Johnson, y en la clase que el Señor Kavanagh dio antes del viaje, se fundamentaban las claves del éxito de la fundación en la existencia previa de cuatro organismos. Por un lado, la Organización Sionista Mundial; una suerte de gobierno judío en el exilio, con un formato de parlamento interno. Luego, un sistema de defensa, con ejércitos ya organizados y listos para entrenar a los recién llegados. La película *Oh, Jerusalem* (2006, Francia, dirigida por Élie Chouraqui), que no rehúye al golpe bajo y al objetivo didáctico, de cuidada fotografía publicitaria, está protagonizada por dos amigos quienes, al comenzar la película, viven en Nueva York. Uno es árabe, el otro, judío. El primero es llamado por su familia, en 1947, para luchar contra los judíos de la Ciudad Santa. Su amigo es reclutado por el sionismo y al llegar a Jerusalem le dan armas y entrenamiento básico, en un marco en el que el escalafón ya está bien definido y planificado por

profesionales. La película continúa de manera previsible, los amigos enfrentados pero sin querer matarse mutuamente.

El tercer factor preexistente, entonces, es la Agencia Judía, que se encarga de la *aliá*, conformada por expertos en recibir a los recién llegados, darles contención y buscarles trabajo. Y, por último, la compra de ciertas tierras en las que ya a principio de siglo empezó a desarrollarse la agricultura. La estrella de este proceso es el primer *kibutz*, Degania, creado en 1909 por inmigrantes judíos rusos que llegaron con la segunda gran ola migratoria. Estos pioneros estaban influenciados por las ideas del sionismo socialista, en especial la del regreso a la tierra de Aaron David Gordon, nacido en Troyanov, ciudad del Imperio ruso, uno de los más destacados intelectuales del movimiento que deseaba desvincular al Estado de la religión. Inspirado por Tolstoi, creía que el pueblo no puede ser libre si no genera por sí mismo su propio sustento.

Hace un tiempo, cuando los *kibutz* cumplieron cien años, Lion Bendor, consejero de la Embajada de Israel en Argentina, decía en una nota al diario *La Nación*: “Cualquier hectárea que cultivamos, la convertimos en nuestra. Se trataba de una lucha por cada metro cuadrado. Fue algo heroico. Los *kibbutzim* diseñaron el mapa de Israel de 1948”.

El aura de estas organizaciones tiene toques de romanticismo, de gesta, de idealismo que se concreta en solidaridad planificada para el bien común. Un argentino que en 1961 fue a hacer la experiencia de vivir durante cuatro meses en un *kibutz* del Sur, cuenta que eligió él mismo uno de los trabajos más arduos: recolectar la bosta de los animales que luego se usaba para abonar la tierra. En esa época, dice, se trabajaba muy duro, de nueve a diez horas por día. La austeridad marcaba el diseño de las casas prefabricadas que solían tener una sola habitación y una sala de estar. Se comía en un solo plato de aluminio y después, en la sobremesa, se discutía de política. A veces se bailaba y se celebraba, de manera laica, la felicidad de estar creando una forma de vida más igualitaria.

## **Del laboratorio socialista a con mi plata yo hago lo que quiero**

A la entrada del Ein Hashlosa, un tractor verde parece salido de una publicidad de John Deere, aunque de verlo tan quieto y en ese lugar, dando la bienvenida, luce como un adorno, una pintoresca reliquia en desuso. Al costado un galpón y una fábrica de carpetas, nos señala Loria mientras avanzamos por caminitos bordeados de flores que conectan las casas, más allá la sinagoga y una playa de estacionamiento donde descansan varios autos; distingo un Audi y un Volkswagen relucientes.

Las chiquitas de Loria, de impecables joggings rosados con dibujos, nos acompañan un buen rato, tímidas, hasta que deciden emprender una carrera hasta la casa de sus abuelos.

La fábrica de carpetas está privatizada. También alquilan una de las instalaciones a un centro para discapacitados. Los miembros del *kibutz* son unas doscientas personas de un total de trescientas que viven en él; unas sesenta familias aproximadamente. Quienes trabajan en el campo para el proyecto común producen papas, maníes y zanahorias. Además funciona un tambo que da leche para consumo propio y para vender. Acuerdan, entre los diferentes *kibutz* de la zona, realizar intercambios y transacciones comerciales y así no tener que viajar al centro del país a buscar mercadería. También comparten una escuela zonal. Todos los días, la hija mayor de Loria recorre, en un colectivo que pasa por la puerta, 7 km para llegar al colegio. Cuatro kilómetros más que la distancia entre el *kibutz* y la Franja de Gaza. La casa de Loria está más cerca de los palestinos que tiran misiles que de la escuela de su hija.

La esencia de esta organización puede asociarse, como se dijo, a un modo de vida socialista. Por lo menos hasta hace un tiempo, el que limpiaba vidrios ganaba igual que un gerente. El salario aún se deposita directamente en una cuenta común, y cada persona recibe lo que le corresponde según los criterios ya dichos: años vividos en el lugar y cantidad de hijos.

El *kibutz* ofrece los servicios indispensables, y hoy, más que eso: no solo la guardería sino una pileta en el verano. Un comedor comunitario para el almuerzo, actividades de cultura, la organización de las fiestas, una enfermería con una enfermera permanente y un médico que viene dos o tres veces por semana, almacén, lavandería y un centro de actividades para los chicos desde que terminan de almorzar hasta las cuatro de la tarde. Y auto.

Porque los miembros no pueden tener bienes personales.

–Decirte que nadie tiene no te digo, pero no tenés que tener –dice Loria mientras camina por un sendero de piedras en medio del pasto.

Entonces, digamos que uno cumple con el reglamento que se le impone cuando es aceptado en el *kibutz*: si querés usar un coche, tenés que reservarlo con anticipación.

Pero la vida aquí no es lo que era. La dialéctica surge entre el antes y el ahora. Antes todas las comidas eran comunitarias. Ahora solo se juntan al volver de trabajar en el campo, durante el almuerzo. En la infancia de Loria dormían todos los niños agrupados según edades y veían a sus padres, en algunos casos, solo tres horas por día, cuando ellos terminaban de trabajar. Ahora los hijos pasan la noche en sus casas y la sala de niños común se usa durante breves períodos diarios. Antes solo se trabajaba en el *kibutz*. Hoy muchos miembros lo hacen en *kibutz* vecinos, en escuelas zonales, en otras fábricas e incluso en la ciudad.

–Una parte de los *kibbutzim* ya están privatizados, cada uno gana según su trabajo, el que es jefe gana más, y el que limpia ventanas gana menos, cosa que antes no existía –explica Loria sin ningún tipo de nostalgia.

Acá, incluso, hay empleados que vienen de afuera a trabajar en el comedor, así como Loria es maestra de un jardín de infantes de un *kibutz* vecino. Para muchos algo fundamental puede hacer peligrar la famosa “esencia” de estas comunidades. Ya no es necesario ser miembro para vivir aquí: la casa puede alquilarse como



en cualquier barrio residencial del mundo. Los inquilinos pagan aparte los servicios. Loria usa la lavandería y la guardería, y como almuerzo en el trabajo no va al comedor, pero sabe que el menú, para los de afuera, cuesta 10 *shekels*. Ella no está obligada a seguir las reglas que sí deben guardar los miembros, como sus padres.

¿Por qué, entonces, alquilar una casa en un *kibutz*?

–El beneficio, según mi punto de vista, es el aire, el pasto, la seguridad, acá adentro no circulan coches. Tengo todo eso, y yo hago lo que quiero con mi plata. No sé si te diste cuenta, mis hijas fueron corriendo solas, los abuelos viven acá y van solas a la casa de ellos y a las de sus amigos.

La respuesta es similar a la de cualquier vecino de un *country club* de cualquier lugar del mundo. Más lujosos o más austeros, en definitiva son muy parecidos.

–¿No existe aún algo ideológico que distinga esto de un barrio privado?

–Sí, ser todos juntos, yo doy todo lo que puedo y tomo lo que necesito. Decirte que todo el mundo acá en el *kibutz* lo cree... no, lamentablemente... En cada sociedad hay gente que viene porque le conviene, porque se puede hacer el que trabaja y no trabaja...

En esos casos pesa más la presión social que la sanción de hecho. Los directivos –que se eligen en asamblea democrática cada cuatro años– visitan al holgazán y tratan de persuadirlo.

## **Mi vida es mi vida**

Loria conoció a su marido argentino cuando él viajó a Israel, como tantos otros, a “hacer la experiencia” de vivir en un *kibutz*. En estos programas, el voluntario vive y trabaja como los miembros y recibe un salario simbólico. Los novios estuvieron juntos por un año hasta que él, terminado el voluntariado, volvió a Argentina mientras ella hacía el servicio militar. Y acá vale la pena detenerse

en su tarea, no porque tenga algo especialmente magnífico sino para entender un poco más las amplias funciones que desarrollan los soldados israelíes.

Loria era comandante, pero no de sus pares, sino de los chicos de la secundaria que van a las bases militares, por una semana, a conocer el Ejército por dentro. Les daba instrucción. Primero enseñaba qué es la disciplina y por qué es tan importante en el Ejército. También cómo se creó y por qué existe, y daba cursos sobre armas contando la historia de cada una y su funcionalidad. Al terminar esas clases, los asistentes podían tirar una vez.

–Lo importante es hacerlos tener ganas de ser parte del Ejército, incentivarlos. También hay cursos que hacen los turistas. Duran tres meses y son más o menos parecidos.

Loria dice que en ese ámbito lo importante es que “haya mucha distancia”.

–Yo tenía, por ejemplo, alumnos mexicanos y argentinos, pero no les decía que sabía hablar en castellano. Recién después de tres meses lo supieron. No solo para que aprendieran hebreo, sino para que supieran que en el Ejército el comandante no es tu amigo.

Volvamos, entonces, a la historia de amor de Loria y las decisiones de vida de la joven pareja. El argentino regresa para instalarse con ella en Israel y formar una familia. La vida del *kibutz* le había gustado, pero en ese momento él no quería trabajar sino estudiar. “Yo quiero decidir sobre mi vida, qué me conviene hacer”, le dijo a ella. Y entonces se quedaron en el Ein Hashlosa, pero como meros inquilinos. La pareja disfruta de tener su auto, poder gastar la plata en lo que quiere y, eventualmente, ahorrar.

¿Y el colectivo *kibutz* no ahorra, no genera excedentes? Rara vez; no viven en una holgada situación económica –de hecho han sufrido sucesivas crisis desde la inflación de los ochenta y en las décadas siguientes–, aun sin pagar los impuestos de los que el Estado los exime por estar en una “zona peligrosa”. En 2010, sin embargo, sobró un poco de plata en Ein Hashlosa. Entonces les preguntaron a los

miembros si querían que se repartiera un poco más entre todos, o usar la plata para hacer un viaje juntos, o para arreglar el pasto. La gente, al final, eligió recibir el dinero y usarlo de manera individual.

## Un jardín normal

Durante la operación “Plomo Fundido” de 2008, como también durante la de “Pilar Defensivo” de 2012, este *kibutz* fue blanco potencial y real de las bombas de Gaza. En el período previo, y en el intermedio, también. Con la naturalidad de quien cuenta las veces que cambió de trabajo, Loria dice que una vez le pegó una esquirla en el auto mientras manejaba, que un *Kasam* cayó en el patio de la casa de sus padres y que ayer a la hora en que su hija mayor iba a la escuela sonó la alarma. La cercanía del campo hace dudar de que esta zona sea urbana. En mi cabeza, es más bien una estancia en medio de la Patagonia, con naturaleza por todos lados, en la que se ha levantado un grupo de casas. No hay edificios ni otras construcciones en el horizonte.

En el centro del *kibutz* una placa recuerda a Carlos Andrés Mosquera, un voluntario ecuatoriano que murió el 15 de febrero de 2008 mientras trabajaba, por un disparo de fusil de Hamás.

–Por suerte últimamente no hubo heridos –dice y agrega, mientras me invita a entrar–: hasta hace cuatro años, este era un jardín normal.

En el jardín de infantes no veo nada extraordinario: sillas y mesas petisas y juegos como en las clásicas instituciones de pre-escolar. Pero Loria insiste con ese concepto de que la normalidad ahora no es tal. Y cuenta que antes de “Plomo Fundido”, un día llegaron los militares diciendo qué terrible si cae un misil en el techo. Fueron meses de vivir entre “la mugre de la construcción; un peligro para los chicos”. Como una madre típica y aprensiva, ella vio en cada tosca, en cada fierro salido de la pared, en cada escombros

roñoso, una amenaza de lastimadura, de golpe y llanto infantil; un niño que corre y se tropieza con una viga incipiente, que cae de cara contra una piedra de cemento jugando a las escondidas con un compañero, un desnivel del piso en construcción en el que cae, como a una zanja, un alumno que persigue a otro.

Hasta que terminaron, por fin, de armar el techo antimisiles. Alzo la vista: es una placa gris.

Dos años más tarde, me cuenta, los militares volvieron diciendo qué terrible si entra una esquirla por estas ventanas tan altas, que nacen en el piso. Entonces taparon las ventanas un metro y medio desde el suelo con hierro resistente y concreto. Pueden verse, mientras una maestra jardinera ordena la cocina, las aberturas antiguas tapadas por los militares sin ningún criterio estético.

En 2008, los niños, los adultos y los ancianos se mudaron provisoriamente a lugares más seguros durante la operación militar. Pero algunos se quedaron porque ¿cómo abandonar la agricultura y los animales que son el sustento de la vida diaria? “Plomo Fundido” no iba a durar para siempre; había que cuidarlos. Entonces permanecieron unas cincuenta personas con la responsabilidad de mantener el campo. Fue la hipérbole de lo que suele llamarse sociabilidad intensa. Cincuenta personas adultas sentadas en sillitas de niños compartiendo 24 horas en las instalaciones más seguras; las del jardín de infantes. Aunque existe un refugio subterráneo construido en los primeros años del *kibutz*, ellos comían, dormían y pasaban el tiempo que les dejaba el trabajo rural en el lugar blindado repleto de juguetes, pizarrones y dibujitos infantiles en las paredes.

## **Si tienes entre 42 y 45 años, quizá esta sea tu última oportunidad**

—¿Cómo son las relaciones con tus vecinos en Buenos Aires?

Eso responde Loria si uno le pregunta por la convivencia dentro del *kibutz*. Y se contesta a ella misma en voz alta:

–Depende, hay de todo, aunque el hecho de que la gente trabaje junta y coma junta genera buena relación. Cuando salís a la mañana todos se saludan. Pero por otro lado, el vecino tiene un perro y el perro me sacó la zapatilla y bueno, me enoja. O a la mañana quise ir rápido y vos me paraste y me hablaste cuando yo tenía que ir enseguida a otro lugar...

En el *kibutz*, como muestran las series de los barrios privados estadounidenses, o algunas novelas de la argentina Claudia Piñeiro, se conocen todos. Como en los pueblos pequeños de Latinoamérica, de Estados Unidos, de cualquier lugar del mundo.

–La gente es más amigable acá adentro que la gente de afuera.

Sin embargo, a veces puede haber algún conflicto, e incluso algún delito. Antes, si alguien sufría un robo, el entuerto se dirimía adentro. No es que tuvieran, en términos jurídicos, “competencia criminal”, pero la cosa se trabajaba como un tema entre vecinos que arbitraban las autoridades en representación de la asamblea.

–Con los años entendieron que la ley es la ley de Israel –dice Loria.

Al contrario de las sectas, que impiden a veces de manera explícita el contacto con el exterior, dentro de los *kibutz*, si bien no se alienta esa costumbre, tampoco se la impide. Tenés la libertad de hacer lo que querés. Hay gente que sale más que otra, claro. Hay una edad límite de 42 o 45 años para entrar al *kibutz* y una vez que uno se jubila, las mujeres a los 64 años, y los hombres a los 67, puede seguir trabajando unas cuatro horas –la mitad de la jornada estándar, que suele ser desde las 6 AM a las 4 PM– y te aumentan un poquito los haberes. Pero, otra vez, no es una obligación. La gente grande no suele salir tanto. Dicen que los *kibutz* son el lugar ideal para los niños y los adultos mayores.

Y cuando las hijas de Loria sean adultas, ¿qué elegirán? Sus abuelos comenzaron la vida acá en una actitud independentista, casi revolucionaria, convencidos de que sus ideales y sus sueños se podían –y muchos se pudieron– convertir en realidad. La

evidencia está en cada una de estas organizaciones que perduran al norte y al sur de Israel. Ahora, el anhelo de independencia de Loria, que aún vive en Ein Hashlosa, pasa por poder desarrollarse no desde una concepción colectiva, sino desde la realización personal. Ella no forma parte de los tantos jóvenes nacidos en un *kibutz* que se van a vivir a la ciudad. ¿Cómo serán transformadas estas comunidades por las generaciones nuevas? ¿Cómo se desarrollará el mito viviente de los originales, esforzados y pujantes pioneros? ¿Se mantendrá la ahora equilibrada tensión entre lo público y lo privado? ¿Aquel socialismo primitivo podrá recuperarse o los dueños de los caseríos deberán pagar expensas como en un barrio residencial de las afueras de cualquier ciudad? Hoy existen 256 *kibutz*, y solo 60 continúan dividiendo sus ingresos en forma igualitaria. Los que permiten en parte la propiedad privada son 170, la mayoría. Se los llama “renovados”.

# ÍNDICE

## PARTE UNO

### **Ciudades santas y convivencia de *reality show* ..... 11**

#### **Capítulo 1**

Un asfixiante camino de subida. Jerusalem. 2011 ..... 13

#### **Capítulo 2**

Una misa católica en árabe. Belén. 2011 ..... 53

## PARTE DOS

### **Las elásticas fronteras de Israel..... 93**

#### **Capítulo 3**

¿Qué tan lejos llegan en 15 segundos? Sderot,  
frontera Franja de Gaza y Buenos Aires. 2011-2012 ..... 95

#### **Capítulo 4**

¿En qué te diferenciás de un *country*?  
*Kibutz* Ein Hashlosa. 1950-2012 ..... 117

#### **Capítulo 5**

Israel. Un país sin Constitución escrita.  
“Target killings” y tortura. 2011 ..... 129

#### **Capítulo 6**

Tel Aviv, Galilea, hoteles y rutinas.  
El lado B de la “potencia ocupante”. 2011-2012 ..... 141

**PARTE TRES**

**Palestina y el discurso del bien**..... 167

**Capítulo 7**

De Buenos Aires a Jordania y a Dubái para llegar  
a Palestina. ¿Tercera Intifada? 2011-2013 ..... 169

**Capítulo 8**

Ramallah. La negociación, la ciudad del futuro  
y el poeta nacional. 2011-2013 ..... 189

**Capítulo 9**

Qalqilya. Un tanque australiano si llueve. 2011-2013 ..... 223

**Capítulo 10**

Hebrón. El símbolo arquetípico  
del enfrentamiento a veces se quiebra. 2013..... 249

**Epílogo** ..... 273

**Agradecimientos** ..... 297